

explicase acerca de la naturaleza de esta voz celestial, pero no recibió respuesta: otro se dirigió para el mismo efecto al oráculo de Trofonio, y no quedó mas satisfecha su curiosidad. ¿Hubiera Sócrates dejado en duda á sus discípulos, si por este genio entendia aquella prudencia consumada, que habia adquirido con la experiencia? ¿Quería inducirlos en error, é inspirarles respeto, mostrándose á ellos como un hombre inspirado? No, me respondió Xenofonte, á quien cierto dia propuse yo estas dudas: nunca Sócrates ocultó la verdad, ni nunca fué capaz de impostura: tampoco era tan vano, ni tan fatuo que diese unas meras conjeturas por verdaderas predicciones; sino que estaba convencido de ello; y cuando nos hablaba en nombre de su genio, no hay duda en que sentia interiormente su influjo.

Otro discípulo de Sócrates, llamado Simias, á quien conocí en Tebas, me aseguró que su maestro, persuadido á que los dioses no se dejan ver á los mortales, no daba crédito á las apariciones que le contaban; pero escuchaba y preguntaba con la mayor atencion á las personas que creian oír en su interior los acentos de una voz divina.

Si á estos formales testimonios se añade que Sócrates ha insistido hasta la hora de su muerte, en que los dioses se dignaban algunas veces

de comunicarle una parte de su presciencia; que contaba, é igualmente sus discípulos, muchas predicciones que se habian cumplido; que algunas de ellas metieron mucho ruido en Atenas, y él no cuidó de desmentirlas; se verá claramente que procedia de buena fe cuando hablando de su genio, decia que experimentaba en sí mismo lo que tal vez no le habia nunca sucedido á nadie.

Examinando sus principios y su vida, se descubre algo del modo como llegó progresivamente á atribuirse semejante prerogativa. Siguiendo la religion dominante, creia, con arreglo á las tradiciones antiguas adoptadas por varios filósofos, que los dioses, condolidos de las necesidades y enternecidos con las súplicas del hombre de bien, le descubren algunas veces lo venidero por medio de ciertas señales. A consecuencia de esto exhortaba á sus discípulos, ya á consultar á los oráculos, ya á aplicarse al estudio de la adivinacion; y aun el mismo Sócrates, docil á la opinion de la mayor parte, ponía mucha atencion en los sueños, y los obedecía como unos avisos del cielo. Todavía hay mas, y es que sumido á veces horas enteras en la contemplacion, su alma pura y suelta de los sentidos, se remontaba insensiblemente hasta el manantial de los deberes y las virtudes; y es difícil mantenerse largo tiempo en la presencia de la

divinidad, sin atreverse á hacerle alguna pregunta, sin oír su respuesta, y sin familiarizarse con las ilusiones que suele producir la intension del ánimo. En vista de esto, ¿será extraño que algunas veces tomase Sócrates sus presentimientos por inspiraciones divinas, y atribuyese á una causa sobrenatural los efectos de la prudencia ó de la casualidad?

Esto no obstante, hay en la historia de su vida ciertos hechos que pudieran hacer sospechosa la rectitud de sus intenciones. En efecto, ¿qué se ha de pensar de un hombre, que yendo acompañado de sus discípulos, se para de improviso, se recoge por largo rato en su interior, escucha la voz del genio, y les manda tomar distinto camino, aunque nada arriesgaban en ir por el primero?

Citaré otro ejemplo. En el cerco de Potidea notaron algunos que desde el amanecer estaba fuera de su tienda, inmovil, sumergido en profunda meditacion, y expuesto á los rayos ardientes del sol, pues esto pasaba en el verano. Los soldados se juntaron al rededor de él, y

* Algunos de los discípulos siguieron su camino, á pesar del aviso del genio, y se encontraron con una piara de cerdos que los llenaron de lodo. Este suceso lo cuenta Teócrito, discípulo de Sócrates, en Plutarco, y pone por testigo á Simias, que era otro discípulo de Sócrates.

admirados se le enseñaban unos á otros. Llegada la tarde, resolvieron algunos de ellos pasar la noche para observar lo que hacia, y le vieron mantenerse en la misma postura hasta el dia siguiente, que rindió su adoracion al sol, y se retiró pausadamente á su tienda.

¿Quería Sócrates servir de diversion al ejército? ¿Podía su mente seguir tan largo tiempo el hilo de una verdad? ¿Habrán sus discípulos alterado las circunstancias del hecho al contarlo? Mejor será que confesemos que en la conducta de los hombres mas sabios y virtuosos, suele haber cierta oscuridad impenetrable.

Como quiera que sea, y á pesar de las predicciones que se atribuian á Sócrates, nunca tuvieron con él los Atenienses la consideracion que por tantos titulos merecia. El método suyo era suficiente para enagenarlos ú ofenderlos. Los unos no podian disimularle el tedio de una discusion, que no eran capaces de seguir; los otros no le perdonaban el hacerles confesar su ignorancia.

Siendo la intencion de Sócrates que en la indagacion de la verdad se procediese lo primero, dudando y desconfiando de las luces adquiridas antes; y como para disgustar á sus nuevos discípulos de las ideas falsas que habian recibido, los llevaba de consecuencia en consecuencia, hasta que confesaban que segun aquellos prin-

ciptos, la sabiduría misma podría ser nociva; los oyentes que no comprendían el objeto de ello, le acusaban de que inducía á sus discípulos á dudar, de que defendía el pro y el contra, y de destruirlo todo sin edificar nada.

Como siempre que se hallaba en compañía de personas que no le conocían, afectaba no saber nada, y disimulaba al principio sus fuerzas, para emplearlas después con más fruto, decían muchos que esto era una ironía con que los insultaba, sin proponerse más que echar zancadillas á la sencillez de los demás*.

Como la juventud de Atenas, que presenciaba los combates de los hombres de ingenio, con el mismo gusto que veía los de los animales feroces, aplaudía las victorias de Sócrates, y cuando se presentaba la ocasión, se valía de las armas con que aquel las había conseguido; inferían de esto muchos que de su compañía no sacaban los mozos más que aficionarse á disputar y contra-

* No me he dilatado sobre la ironía de Sócrates, persuadido á que no hacía un uso tan frecuente y amargo de esta figura, como Platon supone. Para convencerse de ello, no hay más que leer las conversaciones de Sócrates, referidas por Xenofonte, y las que le atribuye Platon. En las primeras se explica Sócrates con cierta gravedad, que se desearía hallar en las segundas. Los dos discípulos han puesto á su maestro á disputar con el sofista Hippias; compárense los diálogos, y se verá la diferencia. Además de esto Xenofonte se halló presente al que nos ha conservado.

decir. Los más indulgentes solo decían que tenía talento lo bastante para inspirar á sus discípulos el amor de la virtud, y no el suficiente para facilitarles la práctica de ella.

Rara vez asistía Sócrates á los espectáculos, y por vituperar la suma licencia que en aquel tiempo reinaba en las comedias, incurrió en el odio de sus autores.

Viendo que no concurría casi nunca á la junta del pueblo, y que no tenía ni crédito, ni medio alguno de comprar ó vender los votos, se contentaron muchos con tenerle por un hombre ocioso é inútil, que solo anunciaba reformas, y prometía virtudes.

De toda esta multitud de preocupaciones y pareceres, resultó la opinión casi general, de que Sócrates no era más que un sofista más hábil, más honrado, pero tal vez más vano que los otros. Yo he visto algunos atenienses de mucho juicio, darle este título mucho después de su fallecimiento; y en vida suya lo usaron algunos autores con malicia para vengarse del desprecio en que los tenía.

Aristófanes, Eúpolis y Amipsias le ridiculizaron sacándole al teatro, lo mismo que tuvieron el descaro de hacer con Pericles y Alcibiades, y con casi todos los que estuvieron al frente del gobierno; y lo mismo que otros autores dramáticos hicieron con otros filósofos; porque en

aquel tiempo estaban desavenidas estas dos clases de hombres de letras.

Tratábase de ridiculizar el genio que se decia de Sócrates y sus largas meditaciones, para lo cual le representó Aristófanes, suspendido sobre el suelo, asimilando sus pensamientos al aire sutil y ligero que respiraba, invocando las diosas tutelares de los sofistas, los Nublados, de quienes creia oír la voz en medio de las nieblas y tinieblas que le rodeaban. Tratábase de desconceptuarle en el pueblo; y para ello le acusa de que enseña á los jóvenes á despreciar á los dioses, y á engañar á los hombres.

Aristófanes presentó al concurso su comedia, que fué aplaudida, mas no coronada: el año siguiente la dió al teatro, y no tuvo mejor suerte: volvió á retocarla, pero las circunstancias no le dejaron que se representase la tercera vez. Sócrates, segun dicen, no se desdeñó de asistir á la primera representacion, ni de mostrarse á los forasteros que andaban buscándole con los ojos por todo el concurso. Semejantes insultos no alteraban su constancia, ni mas, ni menos que los demas acontecimientos de la vida. « Yo debo « corregirme, decia, si las reprensiones de es- « tos autores son fundadas; y si no lo son des- « preciarlas.» Diciéndole un dia que cierto hombre hablaba mal de él, respondió: « eso es que « no ha aprendido á hablar bien. »

Habian ya corrido veinte y cuatro años desde la representacion de *los Nublados*, pareciendo que habia pasado el tiempo de la persecucion, cuando tuvo la inesperada noticia de que un mozo habia presentado al arconte segundo una delacion concebida en estos términos: « Mérito, « hijo de Mérito, natural del lugar de Pitos, in- « tenta acusacion criminal contra Sócrates, hijo « de Sofrónisco, del lugar de Alopeces. Sócrates es reo de no creer en nuestros dioses, y de « introducir entre nosotros nuevas divinidades « con el nombre de Genios. Sócrates es reo, por- « que pervierte la juventud de Atenas, y en pe- « na de ello, la muerte. »

Este Mérito era un poeta frio é insulso, el cual compuso unas tragedias, de que solo quedará memoria por los chistes de Aristófanes. Sirvióronse de él, como instrumento de su odio, otros dos acusadores mas poderosos, cuales eran Anito y Licon; el último de los cuales era uno de estos oradores públicos, que en las asambleas del senado y del pueblo, hablan de los intereses de la patria, y disponen de la opinion de la muchedumbre, como esta dispone de todo. Este Licon fué quien dirigió el proceso.

Riquezas considerables y servicios señalados hechos á la patria, ponian á Anito entre los ciudadanos que tenian mayor crédito. Ocupó sucesivamente las primeras dignidades de la repú-

blica. Partidario celoso de la democracia, le persiguieron los treinta tiranos, y fué de los que contribuyeron á la expulsion de ellos, y al restablecimiento de la libertad.

Anito habia vivido en buena armonia con Sócrates; y aun en cierta ocasion le pidió que diese algunas reglas á un hijo suyo, á quien habia encargado el manejo de una fábrica que le producía grandes ganancias. Sócrates le manifestó, que este ejercicio deshonroso no era correspondiente, ni á la dignidad del padre, ni á las disposiciones del hijo; de lo cual se ofendió Anito, y prohibió al hijo todo trato y comunicacion con su maestro.

Poco despues, estando Sócrates examinando con uno de sus amigos, llamado Menon, si la educacion podia dar al entendimiento y á la voluntad las calidades que le ha negado la naturaleza, llegó Anito, y se mezcló en la conversacion. Empezaba ya á darle cuidado la conducta del hijo, en cuya educacion no ponía la debida atencion. Sócrates en el discurso de la conversacion, hizo la observacion de que los hijos de Temístocles, de Aristides y de Pericles, que estuvieron rodeados de maestros de música, de equitacion y de gimnástica, sobresalieron en estos ramos, pero nunca fueron tan virtuosos como sus padres: prueba cierta, añadía Sócrates, que estos últimos no encontraron ningun

preceptor capaz de dar á sus hijos el mérito que ellos tenían. Anito, que se creía igual á estos hombres grandes, conoció la alusion, ó la suposición, y así respondió encolerizado: « la libertad con que habláis de todos, es intolerable: yo os aconsejo de ser mas cauto; pues no ignorais que aquí, mas que en cualquiera otra parte, es muy facil hacer bien ó mal á quien quiera. »

A estas quejas personales se juntaron otras, que exasperaban á Anito no menos que á la mayor parte de la nacion, y es preciso explicarlas para venir en conocimiento de la causa principal de la acusacion de Sócrates.

Entre los Atenienses ha habido siempre dos bandos, uno de los partidarios de la aristocracia, y otro de la democracia. Los primeros, casi siempre abatidos, se contentaban, en los tiempos mas prósperos, con sus hablillas privadas: y cuando sobrevenían desgracias al Estado, especialmente hácia el fin de la guerra del Peloponeso, hicieron algunas tentativas para acabar con el excesivo poder del pueblo. Despues de la toma de Atenas, permitieron los Lacedemonios á los moradores nombrar treinta magistrados, á quienes confiaron el gobierno de la ciudad, y eran los mas de ellos partidarios de la aristocracia, teniendo á su frente á Critias, que era discípulo de Sócrates. Estos, en el espacio

de ocho meses, cometieron mas crueldades, que el pueblo no habia cometido en muchos siglos. Muchos ciudadanos, que se vieron precisados á ponerse en salvamento, se reunieron por fin á las órdenes de Trasibulo y de Anito. La oligarquía quedó destruida *, restablecida la antigua forma de gobierno; y para precaver en lo sucesivo toda disension, hubo una amnistia casi general, en que se concedió el perdon, y se mandó olvidar lo pasado, la cual se publicó, y se afianzó en la fe del juramento, tres años antes de la muerte de Sócrates.

El pueblo prestó el juramento; pero andaba asustado acordándose de que le habian despojado de su autoridad; que cualquier dia podia volverla á perder; que estaba dependiente de aquella Lacedemonia, tan amiga de establecer en todas partes la oligarquía, y que los principales ciudadanos de Atenas procedian de acuerdo con ella, y estaban animados de los mismos pensamientos. ¿Y qué no haria esta faccion cruel en otras circunstancias, pues en medio de las ruinas de la república fué menester tanta sangre para saciar su furor?

Los adaladores del pueblo daban pábulo á sus temores, con decir que habia ciertos hombres enardecidos, que andaban hablando con escan-

* Véase esta revolucion hácia el fin del tomo I de esta obra.

dalosa temeridad, contra la naturaleza del gobierno popular: que Sócrates, mas temible que otros por lo mismo que sabia mas, no cesaba de inficionar la juventud de Atenas, con máximas contrarias á la constitucion establecida; y aun se le habia oido decir mas de una vez, que solo un insensato podia confiar los empleos y el mando del pueblo, á unos magistrados nombrados por la suerte ciega entre el mayor número de ciudadanos: que Alcibiades, por haber sido docil á sus lecciones, ademas de haber afligido á la república con los males que eran notorios, habia llegado por último á conspirar contra la libertad de ella: que por el mismo tiempo, Critias y Terámenes habian tenido el descaro de ponerse al frente de los treinta tiranos; y por último, que era preciso reprimir esta licencia, que podia tener resultas difíciles de prever, é imposibles de evitar.

¿Pero cuál es la demanda que se habia de poner contra Sócrates? De nada se le podia acusar sino de discursos en que las leyes guardaban silencio, y que de suyo no formaban cuerpo de delito, puesto que no tenian inmediata connexion con las desgracias que daban motivo para quejarse; fuera de que presentados como la única basa de la acusacion, se daba margen á que reviviese el encono de ambos partidos, y seria preciso reproducir ciertos acaecimientos so-

bre que la amnistía imponía perpétuo silencio.

La trama que había urdido Anito, remediaba estos inconvenientes, y era muy acomodada, tanto á su odio personal, como á la venganza del pueblo. El acusador, con solo demandar á Sócrates como impío, debía lisonjearse de perderle; porque el pueblo recibía siempre con ardor las acusaciones de esta especie, y sin hacer distincion entre Sócrates y los demas filósofos, estaba persuadido de que ninguno podía ocuparse en el estudio de la naturaleza, sin negar la existencia de los dioses. Además de esto, los mas de los jueces habían asistido antes á la representación de *los Nublados* de Aristófanes, y conservaban contra Sócrates aquella impresion sorda, tan facil de recibir, como difícil de desvanecer en una ciudad populosa.

Por otro lado, veía Mélito que acusando á Sócrates de corruptor de la juventud, podía, al abrigo de lo ambiguo de las palabras, reproducir por incidencia, y sin ningun riesgo, ciertos sucesos muy propios para excitar la indignacion de los jueces, y asustar á los partidarios del gobierno popular.

La intencion con que se procedió entonces, no se ha ocultado á la posteridad: cincuenta años despues de la muerte de Sócrates, el orador Esquines, con quien yo tenia mucha intimidad, decia en presencia del mismo tribunal, donde se vió la

causa de aquel filósofo: «vosotros, que sentenciasteis á muerte al sofista Sócrates, convencido de haber dado lecciones á Critias, uno de los treinta magistrados que destruyeron la democracia.»

En los primeros dias de seguirse la causa, se mantuvo Sócrates quieto, no obstante que sus discipulos le instaban á que disipase la tempestad. El célebre Lisias compuso un discurso en su favor, muy tierno, y capaz de mover á los jueces, en el cual alabó Sócrates el talento del orador, pero no halló el idioma enérgico de la inocencia.

Uno de sus amigos llamado Hermógenes, le pedía un dia que trabajase en su defensa; á lo que Sócrates le respondió: «no he hecho otra cosa desde que respiro: examínese toda mi vida, y veis ahí mi apología.»

«Sin embargo de eso, replicó Hermógenes, la verdad necesita de apoyo, y no ignorais que en nuestros tribunales ha perdido la elocuencia muchos inocentes, y salvado muchos delincuentes.—Lo sé muy bien, respondió Sócrates, y aun por dos veces he querido poner en orden mis medios de defensa; pero por dos veces el genio que me ilumina me ha disuadido de ello, y yo he conocido la sabiduría de sus consejos.

«Hasta ahora he vivido siendo el mortal mas

« feliz : he comparado mi situacion con la de
 « otros hombres, y no he tenido envidia á la
 « suerte de nadie. ¿ He de esperar á que los
 « achaques de la vejez me priven del uso de mis
 « sentidos, y debiliten mis potencias, para pa-
 « sar una vida inútil, ó destinada á la amargura ?
 « Los dioses, segun parece, me tienen dispues-
 « ta una muerte sosegada, y exenta de dolor, la
 « única que yo podia desear. Mis amigos pre-
 « sencián mi muerte sin causarles impresion,
 « ni el horror del espectáculo, ni las flaquezas
 « de la humanidad; y en mis últimos instantes
 « tendré todavía bastante fuerza para volver á
 « ellos los ojos, y darles á conocer los senti-
 « mientos de mi corazon.

« La posteridad nos juzgará á mis jueces y á
 « mí; y vinculando el oprobio en la memoria de
 « ellos, tendrá algun miramiento con la mía, y
 « me hará la justicia de creer que lejos de pen-
 « sar en pervertir á mis compatriotas, me he fa-
 « tigado únicamente por hacerlos mejores.»

Tales eran sus pensamientos cuando le citaron para comparecer ante el tribunal de los helias-
 tas, adonde el arconte rey habia remitido la
 causa, y adonde en esta ocasion se reunieron
 cerca de quinientos jueces.

Mélito, y los demas acusadores habian con-
 certado á su espacio el cómo habian de proce-
 der, y en sus arengas, revestidas con todos los

prestigios de la elocuencia, habian reunido con
 mucho estudio todas las circunstancias que po-
 dian contribuir á preocupar los jueces. Pondré
 aqui algunos de los capítulos que hacian á Só-
 crates, y las respuestas á que dieron lugar.

Primer delito de Sócrates : *que no admite las
 divinidades de Atenas, no obstante que, segun la
 ley de Dracon, está obligado todo ciudadano á
 honrarlas.*

La respuesta era muy obvia; porque Sócrates
 ofrecia sacrificios frecuentemente delante de su
 casa; á veces los ofrecia, en tiempo de las fies-
 tas, en los altares públicos, y de ello podian to-
 dos ser testigos, incluso el mismo Mélito, si se
 habia dignado de repararlo; pero como el acu-
 sado vituperaba las ceremonias supersticiosas
 que se habian introducido en la religion, y no
 podia tolerar las enemistades, y demas pasiones
 vergonzosas que se atribuian á los dioses, era
 muy facil denigrarle á los ojos de tantos á quie-
 nes es sospechosa la piedad ilustrada.

Mélito añadía que con el nombre de genios
 aspiraba Sócrates á introducir entre los Ate-
 nienses divinidades extrañas, y que semejante
 audacia debia castigarse conforme á las leyes.
 Sobre esto, el orador se propasó á hacer burla
 de aquel espíritu, de que el filósofo se jactaba
 sentir la inspiracion secreta.

Esta voz, respondió Sócrates, no es de ninguna

divinidad nueva, sino la de los dioses que adoramos. Todos estais acordados en que los dioses preven lo futuro, y pueden dárnoslo á conocer: á unos les hablan por boca de la Pitia; á otros por medio de ciertas señales; y á mí por medio de un intérprete, cuyos oráculos son preferibles á las indicaciones que se sacan del vuelo de las aves; pues mis discípulos declararán que nada les he predicho que no les haya sucedido.

A estas palabras se oyó un rumor que manifestaba el descontento de los jueces. Mérito lo habria aumentado, si hubiera notado que autorizando las revelaciones de Sócrates, se introduciria tarde ó temprano el fanatismo en un pais donde es tan facil de perturbarse la imaginacion, y habia muchos que tendrian por deber el obedecer las órdenes de un espíritu particular, mas bien que las de los magistrados. Parece que Mérito no reparó en este riesgo.

Segundo delito de Sócrates. *Que pervierte la juventud de Atenas.* No se hablaba de las costumbres del acusado, sino de su doctrina; diciendo que sus discípulos no aprendian con él mas que á romper los vínculos de la sangre y de la amistad. Este cargo, fundado únicamente en algunas expresiones maliciosamente interpretadas, no produjo mas efecto que descubrir la mala fe del acusador; pero Mérito enmendó su descuido, insinuando que Sócrates era enemigo del pueblo,

con lo que recobró su confianza. Habló de la amistad que Sócrates habia tenido con Alcibiades y Critias; á lo que le respondieron, que habian dado pruebas de virtud mientras estuvieron bajo su direccion: que en todos tiempos habia desaprobado su maestro los excesos del primero; y que durante la tiranía del segundo, él fué el único que resistiese sus mandatos.

Finalmente, decia Mérito á los jueces, vosotros estais autorizados para administrar justicia, por medio del sorteo, y en fuerza de él habeis desempeñado magistraturas importantes. Pues esta forma tan esencial, como que es la única que puede conservar una especie de igualdad entre los ciudadanos, la sujeta Sócrates á la censura, dando con ello ejemplo á la juventud de Atenas, para que no siga respetando este principio fundamental de la constitucion.

Sócrates cuando hablaba de un abuso, que confiaba á la casualidad la suerte de los particulares y el destino del Estado, no hacia mas que decir lo que pensaban los Atenienses mas ilustrados. Ademas que semejantes discursos, como ya queda dicho mas arriba, no podian hacerle incurrir en la pena de muerte que pedia el acusador.

Varios amigos de Sócrates se presentaron á hablar en su defensa, y otros escribieron á favor de él, de manera que Mérito hubiera quedado